

De ayer a hoy

ABC Breve análisis 30-V-81

Periódicamente España reproduce con antelación el fin del mundo, la lucha final entre Cristo y el Anticristo. Eso lleva a situaciones desesperadas. La dictadura, con toda su carga de iniquidad, parece como que amortigua ese mito que late en el fondo de la política española. Ahí está la razón de que el sistema autoritario, que es el nudo Poder como ideología, una forma helada de animalizar la existencia, sea visto por muchos españoles como un bálsamo antiapocalíptico. Lo cierto es que siempre que los españoles encuentran libertad suficiente, escenifican sin tardanza la lucha postrera entre el Bien y el Mal.

¿Por qué será así? Acaso porque nos falta una dimensión universal de la Historia, por más que presumamos de poseerla. Me refiero a esas dimensiones objetivas que rinde una clara noción del destino de cada pueblo. ¿Qué razón hay, si no, para que la sensación de libertad en el español se parezca tanto a una sensación de extravío? ¿Cómo es que se «puede demostrar» que en España sólo el «héroe puro», el dominador cuya eficacia está al margen de toda moral, sea capaz de generar una historia coherente, por rechazable que sea? ¿A qué se debe que un pueblo que ha estado cerca de medio siglo en disponibilidad completa respecto a un poder sin réplica se haga intransigente hasta la neurosis y la comicidad sombría, como si careciera de experiencia?

Descarto en este breve análisis la necesidad de UCD, partido del cual sospecho que actúa ya no en función del apoyo de sus electores, sino simplemente en función de las jerarquías y posiciones previas que el Estado le depara. Mi comentario quiere ir más allá. Porque su-

poner que la idea de Oscar Alzaga respecto a unirse con Fraga Iribarne tiene una intención más profunda que la de salvar a UCD es no conocer a los jovenetes de la UCD «system».

El aspecto de objetividad de un Poder sin réplica, de una organización autoritaria de la sociedad, choca contra el aspecto de subjetividad que tiene aquí la democracia. Si en la España democrática no sabemos lo que va a pasar mañana, lo que es mucho menos ameno que inquietante, se debe a que cada grupo y subgrupo (cada ala de UCD, por ejemplo, que tiene más de dos y, por tanto, ninguna es ala) concibe su propia democracia. De esta manera el clima no puede ser más que de resentimiento y desconfianza. En el extranjero piensan, con razón, que todos los españoles queremos ser demócratas. Lo que no saben es que cada uno quiere serlo a su modo, exasperadamente. Aquí se ve la democracia como la exaltación de la subjetividad. Por lo tanto, la democracia no estriba en ningún hecho general y equidistante al que todo el mundo se somete, le convenga o no, actitud que automáticamente es identificada con el despotismo de la derecha o de la izquierda, sino que es un instrumento de mediación para realizar una conveniencia parcial, que en cada caso adquiere categoría de mito democrático total. E incluso llega a ocurrir, como vemos, que tal fenómeno de falseamiento es enmascarado por la ideología. Queda así arrasado el concepto de democracia por los particularismos democráticos. Nadie cede en sus pretensiones y entonces se entra en un círculo de emociones apocalípticas, de final de partida, sobre el filo de la Historia.—**CANDIDO.**